

El décimo

¿La historia de mi boda? Óiganla ustedes: no deja de ser rara. Una escuálida chiquilla de pelo greñoso, de raído mantón, fue la que me vendió el décimo de billete de lotería a la puerta de un café, a las altas horas de la noche. Le di de prima una enorme cantidad, un duro. ¡Con qué humilde y graciosa sonrisa recompensó mi largueza! —Se lleva usted la suerte, señorito —afirmó con la insinuante y clara pronunciación de las muchachas del pueblo de Madrid. —¿Estás segura? —le pregunté en broma, mientras deslizaba el décimo en el bolsillo del gabán entretelado y subía la chalina de seda que me servía de tapabocas, a fin de preservarme de las pulmonías que auguraba el remusquillo barbero de diciembre. —¡Vaya si estoy segura! Como que el décimo ese se lo lleva usted por no tener yo cuartos, señorito.

El número..., ya lo mirará usted cuando salga..., es el 1420; los años que tengo, catorce, y los días del mes que tengo sobre los años, veinte justos. Ya ve si compraría yo todo el billete. —Pues hija —respondí echándomela de generoso, con la tranquilidad del jugador empedernido que sabe que no le ha caído jamás ni una aproximación, ni un mal reintegro—, no te apures: si el billete saca premio..., la mitad del décimo, para ti. Jugamos a medias (...)

LIBROS
A LA CALLE



Leer es
un vicio

Emilia
Pardo Bazán
(1851-1921)
Cuentos

Ilustración:
Andrea
Reyes



librosalacalle.com